

EDITORIAL

Desde el Consejo Editorial de “Realidad y Reflexión” observamos y analizamos la cada vez más compleja situación del país, la cual inmersa en una campaña electoral ilegal al margen de la institucionalidad del Tribunal Supremo Electoral se desarrolla con hitos inimaginables, y nos preguntamos: ¿Tiene algo que ver la aprobación del compacto de FOMILENIO II o la campaña electoral con el despliegue misterioso de capturas del Cartel de Texistepeque, la desarticulación de pandillas y el destape de la corrupción del proyecto Diego de Holguín? ¿Será posible que nunca sepamos quienes son los asesores de los Diputados de la Honorable Asamblea Legislativa, quienes son pagados con fondos públicos? ¿Servirá de algo la *Ley de Acceso a la Información Pública*, su Instituto y sus Comisionados, si todo lo que pretendemos saber es calificado como información reservada? ¿Se respetará la independencia de poderes? ¿Existirán profesionales independientes, de honradez y capacidad notoria para ocupar cargos públicos? ¿Tendrán los veteranos algún día una pensión digna? ¿Se llevará a cabo una verdadera reforma del transporte público? Entre muchas otras ...

Más allá de la coyuntura nos preocupa también que nos perfilemos a una nueva campaña electoral –y a un nuevo Gobierno- con tres posibles propuestas en dónde el criterio de elección sea “lo menos malo”, ya que todo se perfila a nuevos planes de gobierno sin políticas de Estado, sin largo plazo, sin tasa de retorno, sin consenso, sin administración de disensos y en un marco de polarización y fanatismo. A la vista están los pobres mensajes partidocráticos (que se parecen mucho unos a otros) y la campaña sucia.

El Salvador se merece algo mejor; la migración, la violencia y la falta de oportunidades no son tópicos tan simples y triviales como para ser abordados con ideologización y fanatismo. Necesitamos acuerdos mínimos de nación, diálogo y visión de futuro, y las generaciones de relevo tienen derecho a ver una luz en el horizonte. En El Salvador las cosas deben hacerse de manera diferente. El giro más apremiante que el país necesita es hacer un proyecto de nación razonable, ético y sobre la base de la institucionalidad. No se trata de tomar el camino de la izquierda, de centro o el de la derecha, sino uno que permita que su población pueda sentirse realizada, feliz, y orgullosa de pertenecer a esta nación y con esperanza en el futuro. Esto supone bajar la guardia de los antagonismos y de una vez por todas trabajar en una reconciliación sincera, al reconocer los errores del pasado, trabajar en pro de la justicia y sobre todo quebrar radicalmente el ciclo perverso de la impunidad que está en las entrañas de nuestra historia y que sigue latente.